

TERESA DE JESÚS. TRINIDAD Y REPERCUSIONES ANTROPOLÓGICAS ¹

MANUEL SÁNCHEZ TAPIA, OSA

1. LA RELACIÓN DE TERESA CON LAS TRES DIVINAS PERSONAS ²

El místico es aquel que ha experimentado a Dios. Ha tenido un encuentro con Él. Si el Dios de los cristianos es el Dios Uno-Trino, es fácil colegir que la experiencia del místico cristiano está directamente originada, orientada e iluminada por el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo. Santa Teresa de Jesús vivió y experimentó hondamente una relación muy viva e íntima con cada una de las tres personas de la Santísima Trinidad ³. Teresa no sólo “cree en” la Trinidad, sino que además experimenta y “se relaciona” con cada una de las personas del Dios Trino. Su relación con el

¹ Comenzamos señalando que las obras de Santa Teresa de Jesús citadas en este artículo aparecen indicadas mediante las siguientes abreviaturas: V=*Libro de la Vida*; C=*Camino de perfección*; CE=*Camino de perfección de El Escorial*; CV=*Camino de perfección de Valladolid*; M=*Moradas o Castillo Interior*; F=*Fundaciones*; R=*Relaciones*; CAD=*Conceptos del amor de Dios o Meditaciones de los Cantares*; Const=*Constituciones*; E=*Exclamaciones*; P=*Poesías*; Cta=*Cartas*.

² Nos inspiramos y seguimos muy de cerca el siguiente estudio, basado en una interesante tesis doctoral: CUARTAS LONDOÑO, Rómulo, *Experiencia trinitaria de Santa Teresa de Jesús*, Ed. Monte Carmelo, Burgos 2004. También en las clases que el autor anterior ofreció en el CITES / Universidad de la Mística (Ávila) durante los días 13 a 17 de marzo de 2017. Hacemos un uso muy frecuente de las concordancias teresianas recopiladas en ASTIGARRA-GA, Juan Luis (ed.), *Concordancias de los escritos de Santa Teresa de Jesús (2 vols.)*, Ed. O. C. D., Roma 2000.

³ Sobre la iniciación a la experiencia del Dios Trinidad, tal y como aparece en la vida y obras de la santa abulense, proponemos acudir a BRANDLE MATESANZ, Francisco, “Descubrir a Dios en la vida. Encontrarse con la Trinidad en compañía de Santa Teresa de Jesús”, *Teología y catequesis* 132 (2015) 163-171.

Padre, con el Hijo y con el Espíritu Santo evidencia que su comunicación vivísima con cada una de las tres personas divinas adquirió una densidad y una fisonomía bien específica. Teresa cree en el Padre y experimenta al Padre; Teresa cree en el Hijo y experimenta al Hijo; y finalmente Teresa cree en el Espíritu Santo y experimenta al Espíritu Santo.

En este artículo nos proponemos explorar lo esencial del pensamiento trinitario de la Santa Doctora abulense. Lo haremos en tres pasos, deteniéndonos así en la doctrina teresiana alusiva a cada una de las tres divinas personas. Después intentaremos sopesar las repercusiones antropológicas derivadas de la fe teresiana en cada una de las tres personas de la Santísima Trinidad.

Teresa evidencia que el Dios en el que el cree es único y tripersonal, favoreciendo con su criatura (el hombre y la mujer) la experiencia religiosa de la alteridad ⁴.

Teresa no sólo cree en la existencia de la Trinidad. Está convencida de que además la Trinidad inhabita en el hombre creyente. Encontrar a la Trinidad inhabitante supone superar la dispersión de la exterioridad para zambullirse, sin reloj y sin prisas, en lo profundo del corazón y en lo hondo de la interioridad ⁵. No hemos de pensar en ningún creyente no inhabitado por la Trinidad. Tampoco imaginemos que la inhabitación trinitaria (de ella nos habla la santa en 7M 1,6) es un don del que sólo podrán gozar unos cuantos elegidos nada más, como si fuera algo propio de unos pocos privilegiados del Señor. Teresa lo tenía bien claro, cuando asegura que Dios no es aceptador de personas, y que a todos ama (V 27,12) ⁶.

⁴ Teresa es un claro exponente defensor de nuestra alteridad para con Dios. En la experiencia mística cristiana que ella vive y propone vivir, se ve este rasgo esencial de toda mística cristiana. Si defendemos la alteridad en la experiencia mística, entonces “mantendremos siempre de modo irrestricto nuestra alteridad con Dios, por más intenso que pueda ser el tipo de unión que alcancemos con Él. Nunca se llegará a la fusión, a una comunión en la que la identidad de Dios y la nuestra se confundan, se desdibujen o desaparezcan” (URIBARRI BILBAO, Gabino, *La mística de Jesús. Desafío y propuesta*, Ed. Sal Terrae, Santander 2017, p. 136).

⁵ Sabemos que es una categoría muy apreciada en la espiritualidad carmelitana. Recientemente se han escrito varios artículos sobre ella en la *Revista de Espiritualidad* (disponible on line en: <https://delaruecaalapluma.wordpress.com/2017/01/10/la-interioridad-en-el-carmelo-en-la-revista-de-espiritualidad/> / Consulta: 23.03.2017).

⁶ CUARTAS LONDOÑO, Rómulo, *El otro cielo. La presencia de Dios en el hombre según la experiencia de Santa Teresa*, Ed. Monte Carmelo, Burgos 2008, p. 63.

La Trinidad en la que cree Teresa es altísima, y al mismo tiempo muy asequible a todos los creyentes. Se trata de la Trinidad plena de vida divina, disfrutada amorosamente en el propio seno trinitario (Trinidad inmanente) y derramada graciosamente para la salvación de todos los hombres (Trinidad económica). Es la Trinidad en cuyo seno existe una insuperable comunión tripersonal, creadora de la comunión pedida en la plegaria sacerdotal que el Hijo hace al Padre (cf. Jn 17,21). Es la Trinidad en la que las personas viven perijoréticamente anhelando, al mismo tiempo, poner su morada en todos y en cada uno de nosotros, hasta que Él sea todo en todos (1 Cor 15,28). Es, en definitiva, la Trinidad en la que se capta admirablemente la síntesis de unidad, tripersonalidad, igualdad y diferencia. Estamos ante todo un misterio divino creíble, increíblemente trascendente y experimentable por los que se abren a la experiencia de la fe. Gracias a ella Teresa reconoce lo que sigue:

“Lo que a mí se me representó son tres personas distintas, que cada una se puede mirar y hablar por sí. Y después he pensado que solo el Hijo tomó carne humana, por donde se ve esta verdad. Estas Personas se aman y comunican y se conocen. Pues si cada una es por sí, ¿cómo decimos que todas tres son una esencia, y lo creemos, y es muy gran verdad y por ella moriría yo mil muertes? En todas tres Personas no hay más de un querer y un poder y un señorío, de manera que ninguna cosa puede una sin otra, sino que de cuantas criaturas hay es solo un Creador. ¿Podría el Hijo criar una hormiga sin el Padre? No, que es todo un poder, y lo mismo el Espíritu Santo; así que es un solo Dios todopoderoso, y todas tres Personas una Majestad. ¿Podría uno amar al Padre sin querer al Hijo y al Espíritu Santo? No, sino quien contentare a la una de estas tres Personas divinas, contenta a todas tres, y quien la ofendiere, lo mismo. ¿Podrá el Padre estar sin el Hijo y sin el Espíritu Santo? No, porque es una esencia, y adonde está el uno están todas tres, que no se pueden dividir” (R 33,3).

Vamos a explorar ahora cuál es la visión que Teresa tiene del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Esto nos servirá de base para considerar cuáles son las repercusiones antropológicas del Dios trinitario de Teresa.

2. EL PADRE

Empecemos indicando que en la literatura teresiana no siempre es fácil captar a la primera cuando ella se está refiriendo al Padre, al Hijo, al Espíritu Santo o a la Trinidad en su conjunto. Algunos vocablos alusivos

a las personas divinas son Señor, Criador, Su Majestad, Dios... pero, ¿a quién se está refiriendo Teresa exactamente?⁷

Paternidad. Teresa siente al Padre cercano a ella, y por eso lo adorna con los siguientes apelativos: “¡Oh esperanza mía y Padre mío y mi Criador y mi verdadero Señor y Hermano!” (E 7,1). No tiene una relación lejana con Él, sino todo lo contrario.

La santa se alegra al descubrir su gran dignidad personal, al ser criatura del Padre:

“No hallo yo cosa con que comparar la gran hermosura de un alma y la gran capacidad. Y verdaderamente apenas deben llegar nuestros entendimientos, por agudos que fuesen, a comprenderla, así como no pueden llegar a considerar a Dios, pues él mismo dice que nos crió a su imagen y semejanza. Pues si esto es, como lo es, no hay para qué nos cansar en querer comprender la hermosura de este castillo; porque puesto que hay la diferencia de él a Dios que del criador a la criatura, pues es criatura, basta decir Su Majestad que es hecha a su imagen, para que apenas podamos entender la gran dignidad y hermosura del ánima” (1M 1,1).

Su meta, como la meta de todo cristiano, se halla precisamente en el Padre. Es a Él a quién hay que llegar y en quien hay que descansar al final de la vida en la tierra. El camino que nos lleva al Padre es Jesucristo, de manera que nuestro ejercicio principal en esta vida consistirá en tener sus mismos sentimientos⁸, ciertamente agradables al Padre.

Teresa vive su fe trinitaria inserta en la comunidad de los creyentes en Cristo. Son ellos, mediante la tradición viva de la Iglesia, los que le enseñan que el Padre tiene un rostro misericordioso, y que ofrece generosamente su misericordia en Jesucristo. Teresa cree en el Padre, y cuando ella dice “Padre” lo hace desde el misterio del Hijo y desde el corazón del Evangelio. Así como Cristo se relaciona con el Padre, también Teresa se relaciona con el Padre, fijándose precisamente en las actitudes filiales centrales del Hijo. Desde luego, Teresa es muy consciente de la gran distancia que la separa a ella del Hijo, lo cual no impide que ella aprenda del Señor Jesús. Ella sabe que la relación del Hijo con el Padre es única

⁷ Algo similar sucede cuando San Agustín emplea el concepto “*Dominus*”. Unas veces lo refiere al Padre y otras a Jesucristo. El contexto de su utilización puede insinuar a qué persona divina está aludiendo.

⁸ Cf. CASTRO, Secundino, *Ser cristiano según Santa Teresa*, Ed. EDE, Madrid 1985^{2a}, pp. 25-48.

y singular, ya que el mismo Jesús es el Hijo único. El Padre es amado ardientemente por Jesús⁹. Ésta es la razón por la cual Jesús se pone en manos de su Padre desde la entrega, la obediencia y la confianza (Mc 14,36; Mt 11, 25-26). Esto mismo desea hacer la santa abulense.

Al Padre, Teresa quiere bendecirlo, pues Él siempre la ha esperado (cf. V, pról., 2). Es el que tanto la ha sufrido (V 2,8), y el que andaba mirando y remirando por dónde la podía tornar a Sí. La forzó a que se hiciese fuerza (cf. V 3,4). Siempre le daba la mano para levantarla, llamándola de nuevo (cf. V 6,9). Teresa se muestra muy agradecida porque Él le quitaba ocasiones y la libraba de peligros de perderse del todo. Encubría sus males a los ojos de los demás, al tiempo que descubría alguna pequeña virtud, engrandeciéndola ante los otros, de manera que siempre la tenían en mucho (cf. V 7,18). Teresa no escatima elogios cuando entra en diálogo con su Padre Dios:

“¡Oh bondad infinita de mi Dios, que me parece os veo y me veo de esta suerte! ¡Oh regalo de los ángeles, que toda me querría, cuando esto veo, deshacer en amaros! ¡Cuán cierto es sufrir Vos a quien os sufre que estéis con él! ¡Oh qué buen amigo hacéis, Señor, cómo le vais regalando y sufriendo, y esperáis a que se haga a vuestra condición, y tan de mientras le sufrís Vos la suya (...) Que no matéis a nadie –Vida de todas las vidas– de los que se fían de Vos y de los que os quieren por amigo; sino sustentáis la vida del cuerpo con más salud y dáis-la al alma” (V 8,6).

Misericordia. El Padre misericordioso es aquel cuyo Reino es anunciado por Jesús (Mc 1,15). Es el Padre misericordioso que nos invita a la conversión y a la recepción de la misericordia divina, que tiene resonancias de misericordia materna y paterna (es oportuno leer, en una síntesis complementaria, los textos de Is 49,15 y del Sal 103,13). Lo que Teresa hace en el libro de la *Vida*, es precisamente reconocer y agradecer el derramamiento de las misericordias de Dios en su propia existencia. La vida de Teresa es una obra de la misericordia divina, una historia de la salvación iniciada y dirigida por el Padre. El Padre procura tornar al alma a sí (cf. V 8,10). La santa espera en Dios, que no dejará de dar su misericordia a los que esperan en Él (cf. 6M 1,13). Estamos ante el Padre que es generoso, que nunca se cansa de dar y que nos invita a nosotros a no cansarnos de recibir (cf. V 19,15). Es tan generoso que nos ha dado ya a su Hijo, una “joya tan preciosa”, a quien Teresa no quiere nunca perder

⁹ ADAM, Karl, *El Cristo de nuestra fe*, Ed. Herder, Barcelona 1972, p. 125.

(cf. E 14,2). Cuando Teresa mira al Padre capta muy bien la diferencia que existe entre Él y ella misma; llega a hablar de “mi gran maldad y (de) la gran bondad de Dios” (V 7,9). No se asusta la santa cuando alude a sus “grandes pecados” y a su “ruin vida” (V, prólogo, 1). Es verdad, esto hay que anotarlo, que ella asegura que siempre se guardó de no hacer pecado mortal, aunque de los veniales hacía poco caso (V 4,7).

Comunión. Ante el Padre, Jesucristo se sabe y se reconoce Hijo, desplegando en su persona todos aquellos rasgos que caracterizan el perfil de un buen Hijo. Él posee la singularidad del que es el Hijo único de Dios. El Hijo nos educa a nosotros para vivir en clave de filiación. El Padre nos ha dado las más grandes e inimaginables mercedes por medio del Hijo (V 22,6). Él nos educa para vivir la realidad de nuestra filiación, para reconocernos hijos como el Hijo y en el Hijo, integrando en nuestra experiencia el estupor, el amor, la audacia y la ternura ¹⁰.

Es cierto que Teresa ha visto y ha oído al Padre en su íntima comunión y en el seguimiento fiel del Hijo ¹¹. El Padre descubierto por Teresa en todo su proceso de vida cristiana es el Padre de las Misericordias ¹². Es el Padre con el que la santa ha tenido una relación muy directa, al verse ella misma en el seno de la Trinidad, y al caer en la cuenta –además– de que la Trinidad ha puesto su morada en ella. Ante este Padre, la santa quiere perder toda confianza en sí misma, para ponerla toda en Dios (V 8,12). El Padre en el que cree Teresa es el Dios vivo que no falta nunca si nosotros no le faltamos a Él (cf. 7M 1,8). Estamos ante el Dios que siempre nos ayuda y siempre nos favorece. Ser conscientes de esto nos

¹⁰ Cf. ÁLVAREZ, Tomás, *Paso a paso. Leyendo con Teresa su Camino de perfección*, Ed. Monte Carmelo, Burgos 1998, p. 178.

¹¹ Sobre este asunto particular del seguimiento de Cristo en Teresa de Jesús recomendamos PABLO MAROTO, Daniel de, *La vida en Cristo y seguimiento de su destino y Misión. Las Moradas VII de Santa Teresa de Jesús*: Monte Carmelo. Revista de Estudios Carmelitinos 123/3 (2015) 657-682.

¹² Consideramos importante aludir al estudio de PABLO MAROTO, Daniel de, *Experiencia mística de la Paternidad de Dios*, en *El Dios y Padre de Nuestro Señor Jesucristo. XX Simposio Internacional de Teología de la Universidad de Navarra (Pamplona, 21-23 de abril de 1999)*, Ed. Servicio de Publicaciones de la Universidad de Navarra 20 (2000) 547-558. El Padre, en Jesucristo, ha mostrado a Teresa su misericordia desbordante. La misericordia divina está en el corazón de la experiencia teresiana. Dicha misericordia le dice a Teresa cómo es el rostro y el corazón de Dios (cf. HUGENIN, Marie-Joseph, *L'expérience de la miséricorde divine chez Thérèse d'Avila*, Fribourg-Paris, Editions Universitaires Fribourg Suisse-Editions du Cerf Paris, 1993^{2a}, p. 289.

fortalece internamente; además es la condición de posibilidad que nos anima a cosas grandes (cf. V 10,6).

Salvación. El Padre ofrece a Teresa una salvación que tiene un rasgo que asombra a la santa abulense: es gratuita. Todo el proceso soteriológico y gratuito que el Padre despliega responde a un plan infinito, caracterizado por la sabiduría y por la generosidad. Todo está inteligentemente diseñado y dirigido; todo está, a su vez, impregnado de una sobreabundancia de gracia copiosamente donada (cf. V 7,19, con resonancias evidentes de Rom 5,20).

Cuando Teresa se dirige a su Padre (al que quiere salvarla) no cae, para nada, en los parámetros del temor o del acobardamiento. Teresa se muestra valiente y decidida ante su Padre. Tiene la valentía de una hija que ha recibido la gracia de la *parresía*, lo cual le permite expresarse ante el Padre con libertad, con verdad, con amor, con sinceridad, con audacia, con la cabeza alta, con naturalidad ¹³...

El Padre en el que Teresa cree y se recrea es aquel que no escatima dones y gracias para salvar a sus hijos. Teresa se muestra agradecida al descubrir que parece que el Padre tiene determinado que ella se salve; en no pocas ocasiones se siente un tanto avergonzada de mostrar una posada ensuciada, siendo ésta el lugar en el que el Señor tan de continuo había de morar (cf. V 1,8). No obstante, la certeza de la salvación no la lleva a caer en una actitud de presunción, de indiferencia o de pereza, sino que le enseña a andar con mucho temor en guardarse de cualquier pequeña ofensa a Dios (cf. 7M 2,9 y también R 6,1).

El amor del Padre es el que salva a Teresa del pecado. Cuanto más nítida es la captación por parte de la santa del amor que el Padre le brinda, más clara es en su conciencia su realidad de criatura pecadora. Reconoce la mística de Ávila lo importante que es determinarse a estar plenamente del lado de Dios, evitando caer en la tibieza malsana de quien ni goza de Dios ni da contento al mundo (cf. V 8,1-2). Esto se logra cuando la criatura se arrima a la fuerte columna de la oración, donde se conocen las verdades, al tiempo que se pone toda la confianza en Dios (cf. V 8,1 y 12). Precisamente la oración es la puerta que ha de estar abierta para permitirle a Dios que haga mercedes grandes, regalándose a las almas (cf. V 8,8-9). Es imprescindible fiarse enteramente de Dios, sabiendo que nadie le tomó por amigo que no se lo pagase (V 8,5).

¹³ Cf. CUARTAS LONDOÑO, Rómulo, *Experiencia trinitaria*, pp. 364-369.

Donación. Ante Dios el pecado mayor es el de la ingratitud. Esto lo experimentó la propia Teresa, tal y como narra en V 37,4, al admitir a las claras que no era portadora de una intención de ofender a Dios, pero que sí era ingrata. Este dato tiene una honda radicación psicológica en Teresa; ella, que era de condición agradecida (V 35,11), siente muy profundamente su ingratitud para con Dios. Queriendo dar la vuelta a su postura, admite que quiere entregarse enteramente a Él, en orden a que crezca su gloria cuando otros hermanos suyos experimenten la misma misericordia de la que ella ha sido ya destinataria (V 18,3-4).

Teresa no es la mujer que se pone a pensar, a razonar o a especular teológicamente, con razones claras y distintas, sobre la identidad del Padre. Lo que ella prefiere es orar al Padre, teniendo como telón de fondo mental la misericordia divina que la acompaña. Ésta es la razón por la cual su oración al Padre tiene tintes frecuentes de agradecimiento, alabanza, ternura y confianza; estos sentimientos brotan espontáneos en su corazón cuando se dirige a “tan buen amador” (CAD 5,5).

En Teresa, mujer agradecida, va creciendo progresivamente la conciencia de tener que hacer algo por Dios, de tener que pagar algo a Dios. Estableciendo un paralelismo con la percepción de Agustín de Hipona, Teresa suplica a Dios en E 5,2 lo siguiente: *“que me deis, Dios mío, qué os dé para pagar algo de lo mucho que os debo”*. Es consciente la santa de todo lo que ha recibido, y quiere corresponder aunque sabe que lo suyo (pagar “algo”) no puede compararse con la gran cantidad de dones recibidos. Dios Padre sí que espera algo de Teresa, como ella misma señala en R 25,2: *“Yo te di a mi Hijo y al Espíritu Santo y a esta Virgen; ¿qué me puedes dar tú a mí?”*. Aunque sabe que su ofrenda al Padre no esté “a la altura” de la grandeza de Dios, no por eso se asusta:

“Muchas veces he pensado, espantada de la gran bondad de Dios, y regaládose mi alma de ver su gran magnificencia y misericordia. Sea bendito por todo, que he visto claro no dejar sin pagarme, aun en esta vida, ningún deseo bueno. Por ruines e imperfectas que fuesen mis obras, este Señor mío las iba mejorando, y perfeccionando y dando valor” (V 4,10).

La santa siente interiormente que Dios Padre no es apático o indiferente ante todo lo que le rodea; es un Dios capaz de sufrir, particularmente cuando ve que su Hijo es despreciado y ultrajado. Al mismo tiempo la santa abulense pide al Padre que no consienta y no deje sufrir tanto a este Hijo (cf. CV 33,3-4).

Proximidad. Teresa, la más querida de su padre biológico (cf. V 1,4), va descubriendo y experimentando poco a poco que también es hija del Padre del cielo. Entrar en relación con el Padre es posible sin atravesar grandes distancias. Y es que el Dios que está en todas partes también está cerca de Teresa. No hace falta, para hablar al Padre Eterno, ir al cielo, ni para regalarle con Él, ni ha menester hablar a voces; para buscarle no se exigen alas, sino ponerse en soledad y mirarle dentro de sí, y no extrañarse de tan buen Huésped (cf. CV 28,2). Él nos ama mucho, tanto, tanto que *“está en un trono de grandísimo precio, que es vuestro corazón”* (CV 28,9).

Una de las *Relaciones* de Teresa narra cómo ella es entregada al Padre por medio del Hijo, segunda persona de la Trinidad. Asegura la santa que estando en oración tuvo un gran arrobamiento; le parecía que nuestro Señor le había llevado el espíritu junto a su Padre, diciéndole: *“ésta que me diste te doy”*. A la santa le parecía que le llegaba a Sí. Indica Teresa que esto no es cosa de su puño y letra, que esto no es cosa imaginaria, sino con una certeza grande y una delicadeza tan espiritual, que todo no sabe decir (cf. R 15,3).

Voluntad divina. Lo que la santa quiere ardientemente es cumplir en todo la voluntad de Dios Padre. Ahí está su famosa poesía en la que dice a Dios *“Vuestra soy, para vos nací /¿qué mandáis hacer de mí?”*¹⁴, que incorpora plenamente a Teresa a la dinámica obediencial del Hijo, siendo movida internamente por el Espíritu. Frente al Padre, Teresa es la mujer de la obediencia que quiere adherirse plenamente a su voluntad. Éste es el primer elemento esencial. Teresa es consciente de que en toda obediencia cristiana hay una voluntad de Dios por medio. Olvidarla es desfondar la obediencia. En una breve definición de esta virtud, Teresa nos dice que obedecer es *“determinarse a poner la propia voluntad en la de Dios”* (F pról., 1). Lo que importa es *“cómo hacer más la voluntad del Señor. Y así es la obediencia”* (F 5,5). Su argumentación es sólida. La obediencia no es el fin, sino el medio. Eso sí, un medio certero, seguro para vivir el proyecto que Dios pone delante de quien ha sido llamado a hacer su voluntad y caminar por donde su Hijo caminó. Habla de perfección o, como hoy diríamos, de santidad.

La vocación del hombre es llegar a la unión con Dios. Para ello *“no hay camino que más presto lleve a la suma perfección que el de la obediencia”* (F 5,10). Reconoce que van a darse *“disgustos y dificultades debajo de color de*

¹⁴ SANTA TERESA DE JESÚS, *Obras completas* (edición preparada por Tomás Álvarez), Ed. Monte Carmelo, Burgos 1998, p. 1326.

bien”, que atribuye al demonio. Lo que importa es jugárselo todo por conseguir la perfección a la que Dios nos llama, sirviendo a Dios: “*¡Y cómo de un alma que está determinada a amaros y dejada en vuestras manos, no queréis otra cosa sino que obedezca y se informe bien de lo que es más servicio vuestro, y eso desee!*” (F 5,6). En orden a comprender mejor la importancia de la obediencia a la voluntad de Dios, de cualquier forma que se presente, dirá que la perfección no está “*en regalos interiores ni en grandes arrobamientos ni visiones ni espíritu de profecía; sino en estar nuestra voluntad tan conforme con la de Dios*” (F 5,10)¹⁵.

Es de todos conocido que la obediencia de Jesús al Padre (tal y como aparece en algunos pasajes bíblicos) tiene distintos registros religiosos; esto nos facilita la comprensión de su riqueza semántica. Ahí está la obediencia incondicional de Jesús ante el Padre (Lc 2,49; Mt 4,4), su obedecer a Dios antes que a los hombres (Hch 4,19), su libertad e independencia interior para cumplir la voluntad paterna (Jn 2,4; Mt 12,46-50), su despojo extremo hasta servir obediencialmente (Flp 2,6-7), su confiar ilimitadamente poniendo todo lo suyo en manos de Dios (Mt 27,45-47)... La obediencia que la santa quiere vivir y proclamar se mueve dentro de esta atmósfera de sentido. Es un contexto en el que obedecer al Padre supone acatar las indicaciones de las muchas mediaciones con las que Él muestra su voluntad divina a Teresa¹⁶.

En orden a no caer en una espiritualidad de corte pelagiano o voluntarista, la santa recuerda que el cumplimiento obediencial de la voluntad divina no depende primeramente de nuestras fuerzas, sino del mismo auxilio que nos es donado por el Padre Dios. De ello nos habla en CV 32,4. El Padre es generoso y su mejor don para nosotros es posibilitarnos la imitación de la vida que vivió su Hijo tan amado, capacitándonos para imitarle en el mucho padecer (cf. 7M 4,4). A su vez, el Hijo ha querido intervenir entre nosotros y su Padre, y no a poca costa suya (CV 32,3). Entre Padre e Hijo –no podía ser de otra manera– existe una intimísima y hondísima comunión. El Padre, ciertamente, tiene “gran deleite” y “gran amor” en conocer a su Hijo, y lo mismo sucede a la inversa (E 7,2).

¹⁵ Ver el punto 3.1 de <http://teresavila.com/diccionario?letra=o>. / Consulta: 23.03.2017.

¹⁶ Ahí están los padres espirituales, los confesores teólogos, los prelados, los letrados, los obispos, los visitadores, los comisarios apostólicos, los provinciales... (cf. CUARTAS LONDOÑO, Rómulo, *Experiencia trinitaria*, pp. 375-380).

Teresa puede mostrarse satisfecha, ya que el mismo Cristo le ha confirmado que Dios Padre está feliz y se deleita con su hija Teresa: “*mi Padre se deleita contigo, y el Espíritu Santo te ama*” (R 13,1). Más llena de gozo, todavía, al recordar que el Padre viene a morar junto al Hijo y al Espíritu Santo en el alma que le ama y guarda sus mandamientos (7M 1,6). Las tres personas de la Trinidad están juntas, de manera que uno no puede amar al Padre sin querer –a la vez– al Hijo y al Espíritu Santo (R 33,3).

Generosidad. Dios Padre nos ha amado primero (1 Jn 4,19), y Él desea que nuestro amor madure completamente. Teresa es bien consciente de que el amor plenamente maduro es aquel del que ella habla en 7M. Se trata del amor del matrimonio espiritual, que es un amor vinculado al servicio, como apunta Teresa Gil Muñoz. El amor del matrimonio espiritual se traduce en un deseo grande de “*ayudar en algo al Crucificado*”. Es el amor de Dios el que va dilatando el corazón humano hasta hacerle a su medida: con él podremos sufrir un amor gratuito, universal, servicial, eterno, paciente y compasivo ¹⁷.

Teresa llama al Padre, con frecuencia, “Padre eterno” (F 5,17 y 10,11; CV 3,7 y 8) y también “Padre sacratísimo” (CV 28,1). Es el que “está en los cielos” (CV 27,1), y el que nos ha de sufrir por graves que sean las ofensas (CV 27,2). El Padre no se desentiende de nosotros, y por eso le podemos pedir (R 51,1), sabiendo que Él verdaderamente nos oye (E 1,3). Nos perdona cuando nos tornamos a Él, consolándonos en nuestros trabajos y sustentándonos (CV 27,2). Hemos de mirar por su honra (CV 27,3), sabiendo que es “Buen Padre” (CE 45,2). Delante de Él hemos de presentarnos con gran humildad, hablándole como a Padre, pidiéndole como a Padre y regalándonos con Él como con Padre (cf. CE 46,2). Estamos ante el que es “gran Rey” (CE 48,1), ante el que verdaderamente es “santo Padre” (CE 50,2 y 3; CE 62,3). Éste es el Padre al que también Teresa ve como ofendido por los hombres, al tiempo que muy amado por su Hijo (5M 2,14). Este Padre, al que tanto ama Teresa, es aquel que a quien más ama, da mayores trabajos, a los cuales responde el amor (cf. R 36,1); a Teresa la ama tanto que está unido “*con mayor unión, sin comparación*” a su alma (R 58,3). A Él mucho le debemos (Cta 294,8).

¹⁷ Así lo indica la investigadora Teresa Gil Muñoz en la p. 331 de su tesis doctoral (titulada “*La noche oscura de Teresa de Jesús. Aproximación fenomenológica, teológica y mistagógica*”). El estudio está disponible en <https://repositorio.comillas.edu/xmlui/bitstream/handle/11531/17289/TD00236.pdf> / Consulta: 23.03.2017.

Otros rasgos del Padre. Terminemos nuestra visión de “el Padre de Teresa” recopilando algunos datos que lo definen. Es, al mismo tiempo, trascendente y cercano, siendo gran Dios y también amigo nuestro. Es Padre de nuestro Señor Jesucristo, en quien Dios nos ha dado todo lo que se puede dar. La experiencia filial teresiana evidencia la complacencia del Padre en el Hijo y en el estar con los hijos de los hombres (Prov 8,31). Esta experiencia los hombres la viven como una comunión íntima con Él, mediante la participación en la misma relación filial del Hijo. Aquí está el quicio de la oración confiada de Teresa; por esta razón ella se siente movida a *“hablarle como a padre, pedirle como a padre, contarle sus trabajos, pedirle remedio para ellos, entendiendo que no es digna de ser su hija”* (cf. C 28,2). La relación orante de Teresa con el Padre tiene una cimentación claramente bíblica: ha sido motivada por Cristo en el Padrenuestro (Mt 6,9), y condensada por Pablo en la invitación a usar el término *Abbá* (Rom 8,15 y Gal 4,6). Teresa vive, entonces, su “ser hija” tanto en comunión con Jesús como en relación con sus hermanos ¹⁸.

3. EL HIJO

Es fácil intuir que el Hijo es el epicentro tanto de la fe como de la experiencia trinitaria de Teresa. Ella misma asegura que ha recibido todos los bienes en Cristo y por Cristo (6M 7,15). Teresa es bien consciente de que nadie va al Padre sino por Cristo (Jn 14,6); a su vez está persuadida internamente de que nadie llega hasta Cristo si el Padre no lo atrae (Jn 6,44). Podríamos deducir que, en la cosmovisión teresiana, estar cerca de Cristo deriva graciosamente en llegar hasta el Padre y viceversa. Y un dato más: *“entre tal Padre y tal Hijo forzado ha de estar el Espíritu Santo”* (CV 27,7), por lo que las dos primeras personas trinitarias nos llevan de la mano a contactar con la tercera.

Con Cristo podemos vivir amando lo que Él amó, por la fuerza del Espíritu derramado en los corazones, a los cuales dirige al Padre. La santa vive el Misterio Trinitario desde Jesús y a Jesús desde la Trinidad. La persona encierra en su seno este misterio ¹⁹.

¹⁸ Cf. GARCÍA, Ciro, Voz “Padre eterno”, en ÁLVAREZ, Tomás (dir.), *Diccionario de Santa Teresa. Doctrina e Historia*, Ed. Monte Carmelo, Burgos 2002, pp. 494-497.

¹⁹ Cf. KAUFMANN, Cristina, *El lenguaje de los místicos. Santa Teresa de Jesús*, en: <https://www.cristianismejusticia.net/files/eies34.pdf> / Consulta: 28.03.2017.

¿Qué es lo que más ha interesado a Teresa en relación a Jesús? Lo que más ha valorado han sido las palabras que Jesús le dice de sí mismo. Ahí está el “*Yo soy*” dicho por el propio Jesús, junto a su “*no tengas miedo*” (V 25,18; V 30,14), que le repite el Señor con diversas formulaciones lingüísticas (R 26,1; 35,1). Cuando la santa mira al Señor se asombra al descubrir que “*sus palabras son obras*”, y que el Señor es capaz de quitarle la fatiga (V 25,18). Él es fiel (R 28,1). Verle a Él significa ver al Padre (2M 1,11). Él es buen Señor, al tiempo que es poderoso. No sólo da consejo, sino también remedio (V 25,18). Es capaz de dar consuelo a los cansados (E 8), y de dar agua a los que tienen sed (E 9). En este sentido, un texto evangélico que impactó mucho a la santa es el que narra el encuentro de Cristo con la Samaritana; la santa asegura que es muy aficionada a este Evangelio (V 30,19; CV 19,2; 6M 11,5). Seguirle a Él no es meterse a transitar por un sendero facilón, ajeno al compromiso o al sufrimiento, pues Él mismo dice que su seguidor ha de tomar la cruz para seguirlo (V 15,13). Teresa, en su evolución religiosa, va madurando su deseo de no querer apartarse más de su Señor, lo cual coincide también con el mensaje que Cristo le brinda a ella, cuando le dice “*no hayas miedo, hija, que nadie sea parte para apartarte de mí*” (R 35) ²⁰.

Teresa ha vivido particularmente afectada y connaturalizada con la pasión del Señor y con la gloria del Resucitado. A lo largo de 30 años celebraba algo así como una liturgia íntima el Domingo de Ramos, participando interiormente en la entrada triunfal de Jesús en Jerusalén (R 26). Ha vivido con mucha intensidad la escena de Getsemaní (V 9,4) y la desolación del Viernes Santo. Ha compartido con el Señor el gozo de su resurrección el día de Pascua (R 35). Sin lugar a dudas, la *Vita Christi* del Cartujano Landulfo de Sajonia ha sido para ella un vademécum a la hora de acercarse a la cristología desde los textos bíblicos ²¹.

Libro vivo y libro verdadero. Cristo es para Teresa el “*libro vivo*” y el “*libro verdadero*” en el que ella verá las verdades (cf. V 26,5). Después de la cristofanía inicial en la vida de Teresa (V 27,2), su relación con Cristo va desplegándose y disfrutándose místicamente de un modo sublime. En el plano de la fe la santa conoce inefablemente la majestad del Señor; en el plano del amor ella capta que crece en ella un amor profundo y sobrenatural (cf. V 29,8); en el plano estético queda realmente impactada ante

²⁰ Cf. ÁLVAREZ, Tomás, Voz “Jesucristo en la vida y enseñanza de Teresa”, en ÁLVAREZ, Tomás (dir.), *o.c.*, pp. 374 y 375.

²¹ Cf. ÁLVAREZ, Tomás, Voz “Jesucristo en la vida y enseñanza de Teresa”, *o.c.*, p. 375.

el encuentro con la “*grandísima hermosura*” de Cristo (V 37,4); en el plano de la acción, Cristo aparece como autor de la misión que Teresa ha de desarrollar en la Iglesia (V 32,11); y –por último– en el plano de la vida misma, ella ve la necesidad interna de dejarse configurar con el Crucificado para ser, al igual que Él, la esclava de todos (y esto lo descubre nada menos que en las séptimas moradas [7M 4,8])²². En definitiva: no podemos entender a Teresa sin acercarnos a su comprensión de Cristo y por eso ahora nos detendremos en algunos de sus subrayados cristológicos.

Esposo. El Cristo Esposo es el Cristo del amor. Dice el P. Tomás Álvarez, en el “*Diccionario de Santa Teresa. Doctrina e Historia*”²³ que ésta es la faceta más destacada por Teresa en el misterio de Jesús. Aquí resuena la teología de San Pablo, y la figura del “esposo” de los Cantares. Es tan decisiva esta realidad cristológica que la relación sponsal entre la persona y Cristo es el cénit insuperable de la vida espiritual del cristiano. Cristo está muy cerca de Teresa, y mantiene con ella una relación estrecha y dinámica. Teresa y Cristo viven una relación muy viva entre ellos. Hay una serie de expresiones que aluden a la cercanía en la relación Teresa-Cristo: Cristo “visita” a Teresa, está “cabe” ella, está “en” ella y Teresa “está en” Cristo²⁴. Dicha relación es dialógica, y en las séptimas moradas adquiere un cariz claramente sponsal. Cristo es el Esposo de Teresa, inaugurando con ella una relación de mutua donación (textos alusivos a esto los encontramos en CAD 2,5; P 27, 28 y 30). El matrimonio espiritual, propio de las séptimas moradas, es aquel en el que el hombre obtiene una nueva mentalidad a la hora de interpretar el valor de la configuración con el Esposo; a ello ayuda el tomarse muy en serio los misterios de su vida, muerte y resurrección, como si fuera algo propio. El Esposo lleva a superar la autorreferencialidad y la autoafirmación (tanto individual como social). Se trata de amar con un amor sin fisuras al salvador, entregándole toda la persona con su ser y tener. Afirma la mística abulense que esto acontece al “*darnos todas al Todo sin hacernos partes*” (CV 8,1). Teresa descubre muy bien que su Esposo es alguien celoso, que espera un amor libre y completo de nuestra parte; “*Él no ha de forzar nuestra voluntad, toma lo que le damos, más no se da a Sí del todo hasta que nos damos del todo*” (CV 28,12). No desea el Esposo que le demos un corazón a medias. La persona de Cristo Esposo inspira muchos textos teresianos;

²² Cf. ÁLVAREZ, Tomás, Voz “Jesucristo en la vida y enseñanza de Teresa”, *o.c.*, p. 380.

²³ Alude a ello en la p. 382.

²⁴ Cf. MAS ARRONDO, Antonio, *Teresa de Jesús en el matrimonio espiritual*, Ed. Diputación provincial de Ávila, Institución Gran Duque de Alba, Ávila 1993, pp. 242-247.

el Esposo es también el Amado, al que Teresa canta una de sus conocidas poesías: *“Ya toda me entregué y di / y de tal suerte ha trocado / que mi Amado es para mí / y yo soy para mi Amado”* (P 3). El amor esponsal queda místicamente plasmado en el deseo del alma humana que le pide un beso a su Señor: *“béseme con el beso de su boca”* (CAD 1,1).

Honrador. Es cierto que la realidad de la “honra” estaba muy presente en el inconsciente social del siglo XVI. También es un concepto utilizado frecuentemente por la santa. En el Siglo de Oro cuidar la honra era algo bien importante, muy valorado junto a la fe católica y a la limpieza de la sangre. La honra tiene que ver con la fama que otros dan a la persona, basándose en su comportamiento individual. La honra tiene mucho que ver con la autoafirmación de la persona y con su reconocimiento social (así lo ven M. Deforneaux, N. Alonso Cortés y T. Egido)²⁵. Es un tema muy influyente en la sociedad del siglo XVI. A este respecto, y frente a la honra vana (negra honra), Teresa descubre que Cristo es el verdadero “Honrador”. Él ha ganado la honra de todos humillándose hasta la muerte, sin utilizar la honra ni las riquezas (CV 36,5). En este sentido la santa reconoce que la búsqueda de la honra es la cosa “más dificultosa” de erradicar (cf. CV 36,7). ¿Qué hacer en medio de estos devaneos? La solución estriba en la búsqueda de la honra del Honrador, que es la honra del Crucificado. En las séptimas moradas se ve claro que esto se alcanza en el matrimonio espiritual, narrado en 7M 3,2: *“y así, de todo lo que puede suceder no tiene cuidado, sino un extraño olvido, que –como digo– parece ya no es ni querría ser en nada nada, si no es para cuando entiende que puede haber por su parte algo en que acreciente un punto la gloria y honra de Dios, que por esto pondría muy de buena gana su vida”*.

Humano. El sujeto divino del *matrimonio espiritual es la sacratísima humanidad de Cristo, que se muestra al alma “con forma de gran resplandor y hermosura y majestad, como después de resucitado”* (7M 2,1). En el matrimonio espiritual teresiano, la sacratísima humanidad es Cristo resucitado, que se aparece *“como se apareció a los Apóstoles, sin entrar por la puerta, cuando les dijo: pax vobis”* (7M 2,3). La cristología teresiana, por tanto, valora muchísimo la sagrada humanidad de Cristo²⁶, el Cristo hombre, que nos previene de vivir una religiosidad etérea, desencarnada, alejada de la historia, desenraizada del espacio y del tiempo... Al Padre se llega,

²⁵ Citados en MAS ARRONDO, Antonio, *o.c.*, pp. 254-255.

²⁶ Puede consultarse, a este respecto, LEAL CARRILLO, Dolores Teresa, “La humanidad de Cristo en Santa Teresa de Jesús”: *Naturaleza y gracia. Revista cuatrimestral de ciencias eclesiásticas* 2 (1980) 349-357.

precisamente, mediante el Hijo comprendido en su síntesis de divinidad-humanidad. El realismo cristológico teresiano pone frente al creyente a Cristo, en quien hay que descubrir preferentemente su singular humanidad, capaz de llevarnos hasta Dios. El encuentro de Teresa con la humanidad de Cristo pasa por un proceso gradual: primero ella se encuentra con las manos de Cristo, más tarde con el rostro, y después con toda su sacratísima humanidad (V 28,3). La “carne glorificada del Señor resucitado” es una constante en los encuentros de Teresa con el Señor en las séptimas moradas (en el matrimonio espiritual que sucede al desposorio espiritual). El Señor se representa comúnmente a Teresa como Señor resucitado: cuando lo hace en la cruz, en el huerto, con la corona de espinas o llevando la cruz muestra su “carne glorificada” (Antonio Mas)²⁷. Es fácil captar aquí la estrecha vinculación de la cristología teresiana con la cristología de Ireneo de Lyon, santo padre de la teología asiática (130-202)²⁸.

Este subrayado cristológico le sirve a Teresa para esgrimir sus planteamientos acerca de la belleza-hermosura de los cuerpos glorificados (especialmente deleitoso es el cuerpo glorificado de Cristo). En lo que respecta específicamente a la Sacratísima humanidad de Cristo, caigamos en la cuenta de que Teresa valora especialmente la corporeidad del Señor, aludiendo tanto a los misterios de su vida terrena como a su realidad majestuosa tras el acontecimiento de la resurrección²⁹. Apuntemos que el subrayado teresiano no compromete, para nada, su creencia en las dos naturalezas de Cristo. Señalemos, entonces, que la cristología teresiana está en plena consonancia con la dogmática calcedonense (451). En Cristo vemos lo “*divino y humano junto*” (6M 7,9).

La mística abulense tiene una sensibilidad finísima para captar la belleza. En su poema número 6 se dirige directamente al Señor y le dice “*Oh Hermosura que excedéis / a todas las hermosuras*”. Cristo, cuando es visto por Teresa, imprime en ella su grandísima hermosura (cf. V 37,4). Esta

²⁷ Cf. MAS ARRONDO, Antonio, *o.c.*, p. 264. La carne de Cristo es una (o la) vía teresiana inigualable para el acceso a Dios: MARINO, María José, “Encontrar a Dios en la carne de Cristo: “Corporización” en la vida espiritual de Teresa”, en SANCHO FERMÍN, Francisco Javier, y CUARTAS LONDOÑO, Rómulo H. (coords.), *El Libro de la Vida de Santa Teresa de Jesús: Actas del I Congreso Internacional Teresiano*, Ávila 2010, pp. 479-503.

²⁸ Puede ampliarse la cosmovisión antropológica ireneana en ORBE, Antonio, “El hombre ideal en la teología de San Ireneo”, *Gregorianum* 3 (1962) 449-491.

²⁹ Cf. MAS ARRONDO, Antonio, *o.c.*, pp. 265 y 267.

hermosura crística es perceptible de un modo magnífico en el Cristo resucitado, de manera que la misma Teresa recomienda a las lectoras de *Camino de perfección* que lo miren resucitado, imaginando cómo salió del sepulcro. Esta hermosura crística queda asociada estéticamente a su majestuosidad, a su victoria, y a su alegría (cf. CV 26,4)³⁰.

Divino. Ya hemos indicado que cuando la santa pone de relieve la sacratísima humanidad de Cristo, no compromete en ningún momento la naturaleza divina del salvador. Son incontables los textos que evidencian la comprensión ortodoxa que Teresa mantiene de la identidad de su Señor. En Teresa lo que se refiere a Dios es divino, y también lo que se asocia a la segunda persona de la Santísima Trinidad. Ella sabe descubrir la altura de lo divino al hablar del divino rostro (V 28,1), de la divina boca (V 29,2), de la lengua divina (V 34,17), del Rey divino (CV 16,1), de la divina Majestad (V 7,5), del divino matrimonio espiritual (7M 1,5), del divino desposorio (5M 4,4), de la divina compañía (7M 1,7), del divino mantenimiento y sustentamiento (CV 31,9)...³¹. Teresa sí valora, y mucho, la naturaleza divina (tanto de la Trinidad, como del Hijo). La *Relación 18* es un ejemplo nítido de este aprecio suyo. Aquí se prueba que la “divinidad” es la esencia del Dios uno-trino y del Hijo. El Hijo se halla presente en el alma en cuanto Dios; su humanidad no está con nosotros en el alma, sino la divinidad (cf. R 57). En alguna ocasión (p. ej. V 28,9) da la impresión de que Teresa mezcla dos concepciones de la divinidad: la esencia de Dios y la naturaleza divina del Hijo³². Es interesante notar también que la divinidad de Cristo queda muy alineada a otros conceptos teresianos, tales como el diamante o el espejo, claves esenciales en la descripción del alma según Teresa (1M 1,1). En Teresa la descripción de la naturaleza divina encuentra un paralelismo inteligente con la descripción del alma humana. No está lejos aquí de la genesiaca teología de la *imago Dei*. La naturaleza divina del Hijo nos invita a reconocerle, además, como juez escatológico (cf. V 40,11).

Santísimo Sacramento. En la biografía teresiana el Santísimo Sacramento adquiere un espesor sobresaliente. De hecho, la gracia del matrimonio espiritual acontece acabando de comulgar, tal como ella narra en 7M 2,1 y (con otros elementos) en la R 35 y V 28,3. La Humanidad de Cristo aparece intrínsecamente vinculada al Santísimo Sa-

³⁰ Cf. ÁLVAREZ, Tomás, Voz “Jesucristo en la vida y enseñanza de Teresa”, *o.c.*, p. 382.

³¹ Cf. MAS ARRONDO, Antonio, *o.c.*, p. 271.

³² Cf. ID., *ibid.*, p. 276.

cramento. El libro de *Moradas*, concretamente en 6M 7,14, nos asegura que las dos realidades antes citadas (humanidad de Cristo y Santísimo Sacramento) se asocian también a las cosas corpóreas. La mística teresiana pide, una vez más, no menospreciar lo corpóreo, lo somático, lo físico o lo material. A los hombres de oración, por espirituales que sean, no les conviene huir tanto de las cosas corpóreas que les parezca hace daño la humanidad sacratísima del Señor... Por aquí se nos puede colar el demonio, para hacernos perder devoción al Santísimo Sacramento (cf. 6M 7,14)³³. Encontrarse a Cristo, en las experiencias cumbre (*peak experiences*) de la mística teresiana, es algo que asocia sublimemente a la propia santa a la humanidad del Señor y al Sacramento de la eucaristía. A ello se refiere la santa también en V 9,2; V 14,10; V 38,19; CV 34,7; CV 34,13. ¿Y cuál es el motivo de que Cristo se haya quedado con nosotros en el pan y el vino consagrados? Aquel que quiere que todos los hombres se salven y lleguen al conocimiento de la verdad (1 Tim 2,4) quiere –en el Santísimo Sacramento– ayudarnos, animarnos y sustentarnos con su presencia (CV 33,3 y 34,1). En Él hallamos el alimento, para que el alma no muera de hambre, y para que encontremos en el Señor el sabor y también la consolación. Aquí está el “*maná de la humanidad*” (CV 34,2). Indica Antonio Mas que no consta que “humanidad” signifique aquí la totalidad del género humano, y se inclina más bien a pensar (siguiendo la estela interpretativa de Cobarruvias) que Teresa habla de la naturaleza humana³⁴. El maná –que es Cristo– aparece en Teresa como don venido de lo alto. Es un regalo de Dios que no llueve en las primeras moradas; sólo llega cuando lo que quiere el alma es lo que quiere Dios. Aquí se da por supuesta la interior pasividad humana para recibir las mercedes que Dios tiene a bien hacerle; entonces llega el manjar dulce, que sabe “*conforme a lo que queramos que sepa*” y que es dado “*a personas que mucho han trabajado*” (CAD 5,2). En el alma que comulga se da el centro de operaciones trinitarias: el Santísimo Cuerpo de Cristo es recibido por el Padre dentro del alma, el Hijo se ofrece al Padre en la tierra, y por

³³ Aquí Teresa está criticando indudablemente los planteamientos espirituales que piden olvidarse de todo lo corpóreo y físico en las etapas más subidas del ascenso místico. Teresa habla de ello en V 22,1 y en 6M 7,5. Los planteamientos que Teresa critica y supera son los de F. de Osuna (*Tercer Abecedario*), B. de Laredo (*Subida del Monte Sión*), B. de Palma (*Via Spiritus*) y –probablemente también– Erasmo (*Enquiridión o manual del caballero cristiano*). Esto aparece citado en SANTA TERESA DE JESÚS, *Obras completas* (edición preparada por Tomás Álvarez), Ed. Monte Carmelo, Burgos 1998¹⁰, p. 189, nota a pie nº 2.

³⁴ Cf. MAS ARRONDO, Antonio, *o.c.*, p. 284.

la ofrenda agradable del Hijo el Padre nos hace grandes mercedes (cf. R 57)³⁵. Y todo esto acontece en el seno del alma.

Humillado. A Teresa, del misterio inagotable de Jesús, le ha cautivado hondísimamente el aspecto de la humillación crística. El proceso comienza en la encarnación y culmina en la pasión-muerte (cf. CV 2,9). El abajamiento de Jesús alcanza un culmen humanamente insospechable en la Eucaristía, en la que el Señor, en el aquí y en el ahora, “se disfraza” de pan y vino para estar tratable (CV 34,9). El proceso de acercamiento de Cristo a la humanidad es, ciertamente, insuperable.

Majestad. Es un título cristológico que nos habla de la grandeza de Jesús, de su señorío y de su transcendencia. Aquí la santa va enhebrando otros títulos cristológicos, como Rey de la gloria, Emperador de los emperadores, Señor de los señores, Santo de los santos, Poder sobre todos los poderes, Saber sobre todos los saberes, la misma Sabiduría, la misma Verdad, la misma Riqueza... (cf. CE 37,6 = CV 22,6). La segunda persona de la Trinidad aglutina en sí todas estas realidades, que evidencian su ser y su hacer.

Maestro dechado. De este rasgo cristológico la santa nos habla en diferentes momentos (6M 7,13; V 14,8; CV 36,5). La santa asegura que Jesús ha sido siempre su maestro (V 12,6), el que le ha dicho muchas cosas (V 39,8). Obviamente, aquí está la razón por la cual ella pide a sus hermanas que se acostumbren a trabajar y a andar “*cabe este verdadero Maestro*” (CV 25,1-2; 26,2). Cristo es maestro para nosotros debido a su absoluta ejemplaridad. Sus dichos y sus hechos nos educan magistralmente y nos comunican el enorme valor de virtudes como la humildad, la pobreza, el silencio, la bondad, la paciencia ante las injurias... El Señor es manso y humilde, y es el que orienta nuestra vida para que lleguemos a ser los unos esclavos de los otros (7M 4,8). Ciertamente Teresa se ha quedado cautivada por la manera de enseñar que tiene el Señor: lo hace con suavidad, pronunciando palabras desde una hermosísima y divina boca (V 29,2; 37,4). Este maestro, que es Cristo, es maestro en cuanto Dios, ofreciéndonos su magisterio mediante la revelación³⁶.

Otras imágenes del Cristo teresiano³⁷. Teresa es bien consciente de que gracias a Cristo tenemos acceso a Dios Padre. Él es, en efecto,

³⁵ Cf. *Ibid.*, p. 285.

³⁶ Cf. CASTRO, Secundino, *Cristología teresiana*, Ed. de Espiritualidad, Madrid 2009^{2a}, pp. 336-341.

³⁷ Cf. *Ibid.*, pp. 12-15; 128-145; 156-229; 251-252; 352-353; 360-382.

nuestro camino, nuestra verdad y nuestra vida, y de su mano podemos entrar en el misterio de la Santa Trinidad. Siendo Teresa una gran maestra de oración, reconoce que es Cristo, precisamente, el verdadero maestro de oración. Estamos ante el mismo que es el inhabitante en el alma humana, ofreciendo su gracia cristificante para experimentar, en la fe oscura y luminosa, una genuina mística cristiana. Es el Cristo de las virtudes, que nos auxilia a nosotros para que seamos virtuosos y podamos alcanzar, en grado eminente, la vivencia de la fe, la esperanza, la caridad, la religión, la fortaleza, la caridad horizontal, el desprendimiento (muchas veces llamado “desasimiento” por la santa, y una de sus tres virtudes preferidas, junto al amor fraterno y a la humildad), la mortificación, la pobreza, la obediencia, la castidad...

El Cristo teresiano puede identificarse fácilmente con el deleite del alma, tal y como reconoce la santa en CAD 4,2 y 4,4 y en V 22,6. Es también –hemos aludido rápidamente a esto en algún momento en este artículo– juez. Un juez muy particular, que ejerce justicia lejos del juridicismo, y que es al mismo tiempo cercano y lejano; inspira al mismo tiempo confianza y temor, ya que durante la vida se nos acerca para ofrecernos su amistad, y –al final de los tiempos– evaluará nuestro comportamiento ante sus múltiples dones (6M 9,5; CE 70,3). En Cristo, Teresa halla al Dios benigno; también a la segunda persona trinitaria que se halla presente en el seno de la Trinidad inmanente. Esta presencia del Hijo en la inmanencia trinitaria queda a su vez asociada a su presencia eucarística, a su presencia bíblica, a su presencia en la comunidad, a su presencia eclesial y a su presencia en el yo del cristiano.

Completemos lo anterior anotando que Cristo es la persona trinitaria crucial en la experiencia orante de la santa. El modo de proceder en la oración es muy sencillo para Teresa. Esa sencillez luego la querrá transmitir. En el fondo no es otra cosa sino fundamentar la oración en la certeza que nos da la fe de saber que Cristo está a nuestro lado. Por eso cada uno, conforme a su manera de ser, deberá encontrar el modo o la vía que mejor se adapte a su capacidad. Lo importante es fomentar la conciencia de la presencia de Cristo junto al orante, para traer a Jesucristo dentro de mí presente ³⁸.

En una etapa muy avanzada de la oración teresiana, la denominada oración de “recogimiento pasivo”, el orante va descubriendo que él ya no

³⁸ Cf. SANCHO FERMÍN, Francisco Javier, *Orar con Santa Teresa de Jesús*, Ed. Desclee de Brouwer, Bilbao 2014, pp. 37 y 38.

es el que mira, sino el mirado, el que se deja penetrar por la mirada de Cristo. Es aquí cuando se produce entonces el momento contemplativo de la oración de recogimiento pasivo. Se da la inversión de la mirada, sabiendo que esta inversión de la mirada es propia de la experiencia mística. La mirada del conocimiento intuitivo que da el amor y que simplifica la multitud de actos del conocimiento ordinario, significa una maravillosa concentración en lo esencial que pacifica el alma entera ³⁹.

Cristo es tan importante en la espiritualidad y en la impronta carismática de Teresa que las comunidades que siguen su reforma reciben un impulso vigoroso para favorecer la devoción a la humanidad de Cristo, para generar verdaderas amigas de Cristo, para ser parte de su discipulado, para llegar a amar como Él amó, para imitarlo ⁴⁰, etc... Todo en el convento ha de girar en torno al que está en el centro, es decir, en torno al Señor.

4. EL ESPÍRITU SANTO

Cuando uno lee con cuidado las obras de la santa, en seguida se percata de que las referencias al Espíritu Santo no son tan abundantes como las referencias a Cristo. Hay menos pneumatología explícita que cristología en Teresa. Ella está convencida de que el Espíritu Santo es el protagonista de la santificación del hombre. ¿Y, por qué Teresa no habla tanto del Espíritu Santo? Tal vez el evitar ser asociada al iluminismo, así como las dificultades de representar visualmente al Espíritu Santo estén detrás del cuestionamiento anterior. Anota J. Baudry que el ingreso en los estados sobrenaturales queda vinculado, en Teresa, a la obra del Espíritu Santo ⁴¹.

³⁹ Cf. Ros, Salvador, *El modo de oración de Santa Teresa*, Ed. Carmelitas Descalzas de Alba de Tormes, Salamanca 2004, pp. 22-24.

⁴⁰ Recomendamos ampliar la información mediante la lectura de la espléndida investigación de POZZOBON, Giuseppe, *La comunità teresiana. Genesi e formulazione dell'esperienza di comunità a S. José de Ávila. Tesi di laurea (Tesis original)*, Institutum Spirituales Teresianum, Roma 1979. En esta tesis doctoral se capta muy bien el valor de Cristo en el carisma de Teresa, tal y como se cristaliza en la primera fundación. Puede verse aquí su devoción a la humanidad de Cristo (98-99), el deseo del ser verdaderos amigos de Cristo (99-101), la inserción en Cristo y sus medios (112-117), la importancia del cohabitar con Cristo (157-160), del ser parte de su discipulado (195-196), el amor cristológico (247-248), la imitación de Cristo (277-280)...

⁴¹ Cf. MAS ARRONDO, Antonio, *o.c.*, p. 234.

Comienza indicando la santa que no puede estar el Padre sin el Hijo y sin el Espíritu Santo (cf. R 33,3); del mismo modo, tampoco uno puede amar al Padre sin querer al Hijo y al Espíritu Santo (cf. R 33,3). El Espíritu Santo es lazo unitivo y amoroso entre el Padre y el Hijo, y se junta con ellos con inflamación (E 7,2).

El protagonismo del Espíritu Santo es claro en el proceso de perfeccionamiento antropológico, tal y como lo entiende Teresa de Jesús. En la vida de la propia Teresa reconocemos fácilmente que el Espíritu es el que la moviliza internamente, llevándola a su proceso de conversión y de desarrollo místico. El culmen lo encontramos en la transfiguración mística, que en la literatura teresiana aparece registrada magistralmente en 7M 2,5 y 3,1.

Don. El Espíritu Santo ha sido visto por la santa como un don de Dios para ella. Es el Padre quien se lo ha dado. De esto nos habla en su R 25,2; también alude a su deseo de que este regalo llegue a los suyos (monjas y descalzos), como anota en CAD, pról. 3. Es un don apreciadísimo por la santa, que quiere que los demás posean y disfruten, tal y como indica en no pocas de sus cartas (a Doña Isabel de Osorio, a la Señora viuda de Juan Alonso de Mejía, a Lorenzo de Cepeda...) ⁴².

Medianero en el amor. El Espíritu Santo es medianero en el amor. Ser medianero es ser mediador en las relaciones del amor, tanto intradivinas (del Padre con el Hijo) como del alma con Dios (CAD 5,5). La gracia del Espíritu Santo lo que hace es movilizar la voluntad del hombre hacia el amor. Establece un nuevo contacto o conexión entre Dios y el alma. Reproduce la vida divina. Es el Espíritu el que enamora el alma, el que la mueve con tan ardientes deseos. Es el Espíritu del amor, que hace llegar al alma la noticia del amor intradivino (E 7,2). Entre la Trinidad y el alma está el Espíritu, que –mediante noticias de amor– enciende al alma en un fuego soberano (6 M 2,4) ⁴³.

En cuanto a este tema del amor reconozcamos que el don del Espíritu ayuda a vivir esta virtud a la persona que se ha abierto internamente a su influjo. Se trata de un amor con unas características nítidas en el imaginario teresiano. En primer lugar es constante, ya que –en palabras de la santa– “*el amor jamás está ocioso*” (5M 4,10). En segundo lugar es dinámico

⁴² A ellas se alude en las notas a pie números 101-103 de CUARTAS LONDOÑO, Rómulo, *Experiencia trinitaria*, p. 238.

⁴³ De esto, con más amplitud, se nos habla en MAS ARRONDO, Antonio, *o.c.*, pp. 220-224.

y creciente: “*ya sabéis que quien no crece descrece; porque el amor, tengo por imposible contentarse de estar en un ser, adonde le hay*” (7M 4,9).

El Espíritu Santo, medianero en el amor, tiene el protagonismo en el proceso de cambio de rumbo de Teresa. Gracias a Él es movida para apartarse a la soledad a rezar, a leer y a hablar con Dios, procurando lo que hiciese devoción (cf. V 7,2); gracias a Él se abre a los buenos consejos del confesor de su padre, se reencuentra con la penitencia, la eucaristía y la oración (cf. V 7,17). Gracias al Espíritu la santa capta la perdición que traía, y siente un impulso interno para mejorar. El calor pneumático le da fuerza y luz para centrar su oración en Cristo, para crecer en sensibilidad a la hora de percibir la presencia de Dios y su amor⁴⁴. Mediante el Espíritu la santa es guiada durante todo su proceso de transformación interior; el auxilio que le llega la capacita para comenzar a labrar la seda y a edificar la casa adonde ha de morir, que es Cristo (5M 2,3). El Espíritu Santo vincula el ser humano a Dios; así como Cristo es el único mediador salvífico según la teología paulina (1 Tim 2,5), el Espíritu Santo es medianero entre Dios y el alma, apareciendo como “*el que la mueve con tan ardientes deseos que la hace encender en fuego soberano, que tan cerca está*” (CAD 5,5).

Antonio Mas señala que Teresa formula una rica pneumatología, aunque ésta a veces es más implícita que explícita⁴⁵. En palabras del mismo autor, la misión del Espíritu Santo es posibilitarle al alma el don de sentir la caridad⁴⁶.

Iluminador y dinamizador. Es el Espíritu Santo el que está detrás de las Escrituras Santas, y es Él mismo el que permite al lector una sana interpretación comprensiva. S. Castro alude a que, en la mente de Teresa, el Espíritu Santo trae la iluminación para comprender las verdades de Dios o, mejor, la verdad de Dios, y la gracia de poder comunicarla⁴⁷.

También el Espíritu Santo dinamiza y dirige a Teresa a una misión bien concreta; estuvo presente en la vida de Teresa en todo el proceso fundacional que desarrolló. En ella se actualiza muy bien lo que F. Ciardi anota, defendiendo que la acción del Espíritu, a lo largo de la vida entera del fundador, encuentra su eje central en los momentos de la inspiración fundamental, cuando, de manera indirecta, le comunica por medio de

⁴⁴ Cf. CUARTAS LONDOÑO, Rómulo, *Experiencia trinitaria*, pp. 201-205 y 201-211.

⁴⁵ MAS ARRONDO, Antonio, *o.c.*, p. 214.

⁴⁶ MAS ARRONDO, Antonio, *o.c.*, p. 218.

⁴⁷ Cf. CASTRO, Secundino, *Ser cristiano según Santa Teresa*, Ed. EDE, Madrid 1985^{2a}, p. 190.

circunstancias o personas la intuición de índole iluminativa respecto a un proyecto global de vida y de ministerio ⁴⁸.

La pneumatología teresiana asocia el Espíritu Santo al apostolado. Y es que cuando el Señor llama a alguien al apostolado, el hombre está en condiciones de comunicar a los demás el calor que él ha recibido previamente. Y es cierto que *“el tiempo que dura en el bien siempre hace provecho a otras almas y de su calor les pega calor”* (5M 3,1).

Teresa reflexiona sobre la actuación del Espíritu Santo en la vida de las personas. Este obrar pneumático (con sus signos) se ha dado de forma fehaciente en la vida de la santa abulense. En el capítulo nº 38 de *Vida* nos habla de un cambio en el alma (cf. V 38,9). La transformación está dirigida especialmente al fortalecimiento en las virtudes para poder desarrollar bien la misión. La santa habla del sosiego que se da con tan buen huésped, del gozo interior, de la desaparición del miedo, del inicio de la quietud... Al don de la recepción del Espíritu la santa asocia un grandísimo aprovechamiento en más subido amor de Dios, y también un fortalecimiento de las virtudes (cf. V 38,11) ⁴⁹.

Orientador. No podemos olvidar que en Teresa el don del Espíritu Santo siempre mira a Cristo. Lo que corroboran muchos textos bíblicos (sobre la actuación pneumática que lleva a los hombres a Cristo) se cristaliza perfectamente en la vida de Teresa. El Espíritu despierta en la mística el amor por Cristo, sacándola con su calor de aquella situación mortecina (5M 2,3). Gracias al Espíritu la santa reconoce todo lo que le pesaba a Cristo su dispersión (V 7,1.6). El Espíritu orienta y lleva a Teresa a la oración, para que encuentre en ella a Cristo, su amigo (V 8,5). Así la santa cae en la cuenta de lo que Cristo pasó por nosotros, y ve lo mal que ella había agradecido aquellas llagas (V 9,1). Movida por el viento pneumático aprende a poner toda su confianza en el Señor (V 8,12) ⁵⁰. La pneumatología de Teresa es cristocéntrica.

Una visión evidencia la íntima conexión entre pneumatología y cristología en Teresa. Pertenece a una de las *Relaciones*:

⁴⁸ Cf. CIARDI, Fabio, *Los fundadores, hombres del Espíritu. Para una teología del carisma del fundador*, Ed. Paulinas, Madrid 1983, p. 353.

⁴⁹ Es ciertamente aleccionador captar que esta presencia tan viva del Espíritu Santo, de la que Teresa hablará en la R 67, acontece en un período crítico de la biografía teresiana, debido a la persecución desatada contra la reforma de los descalzos.

⁵⁰ Citas recogidas en CUARTAS LONDOÑO, Rómulo, *Experiencia trinitaria*, p. 251.

“Una vez poco antes de esto, yendo a comulgar, estando la forma en el relicario –que aún no se me había dado–, vi una manera de paloma que meneaba las alas con ruido. Turbóme tanto y suspendióme, que con harta fuerza tomé la forma. Esto era todo en San José de Ávila. Dábame el Santísimo Sacramento el Padre Francisco de Salcedo. Otro día, oyendo su misa, vi al Señor glorificado en la Hostia. Díjome que le era aceptable su sacrificio” (R 17).

Anota la santa que es el mismo Espíritu el que, en Pentecostés, confirmó a los Apóstoles que Cristo era Dios y hombre al mismo tiempo (V 22,1). Aquí podemos ver cómo lo propiamente corpóreo y material, en la persona crística, no estorba u obstaculiza el progreso en el camino espiritual. Es el Espíritu Santo, en efecto, el que salvaguarda la fe en la humanidad y divinidad de Cristo. En Cristo, tal y como es contemplado por la mística abulense, lo divino y lo humano alcanzan su síntesis insuperable. En Él son inseparables estas dos naturalezas, y el que convence a los Apóstoles de esta realidad es precisamente el Espíritu Santo ⁵¹.

Agua. Si Teresa es experta a la hora de comunicar mensajes utilizando magistralmente la riqueza de los símbolos⁵², esto mismo lo pone en práctica en su discurso pneumatológico. J. Castellano y T. Álvarez, buenos conocedores del mensaje simbólico de la santa, advierten que los dos símbolos pneumatológicos más fuertes en los escritos teresianos son el agua y el fuego; a estos dos se une también el de la fragancia. El agua quita la sed, como se ve en el mensaje de Jesús a la samaritana (Jn 4,13-14). Al mismo tiempo limpia las cosas no limpias (CV 19,3). Estamos ante el agua viva (CV 19,15). Es el agua que aparece unida a la fuente interior (4M 2,2-5). En las moradas cuartas es espléndido el desarrollo que la santa hace de este símbolo, indicando que fluye desde dentro, que lo inunda todo, que dilata el corazón... El agua está presente en las cuatro formas de regar el huerto, cuando la santa habla de la oración (V 11-21). Es el signo más utilizado por ella, después del símbolo del castillo. Así puede constatar en V 9,4; 10,9; 30,19; CV 19,2; 4M 2,2-5; 6M 5,3; 7M 3, 13-14 ⁵³.

Fuego. En cuanto al fuego anotemos que, en la pluma teresiana, se vincula al amor y al crecimiento. En el episodio de la transverberación, el Espíritu Santo se manifiesta como fuego de amor. Ahí está el dardo

⁵¹ Cf. MAS ARRONDO, Antonio, *o.c.*, pp. 230-231.

⁵² En el caso de los símbolos teresianos recomendamos acudir a ÁLVAREZ, Tomás, *Voz “Simbología bíblica”*, en *o.c.*, pp. 568ss.

⁵³ Textos recogidos en CUARTAS LONDOÑO, Rómulo, *Experiencia trinitaria*, p. 243.

amoroso que nos remite (en opinión de Jesús Castellano) a una gracia especial que dilata, purifica y fortifica el alma de la santa ⁵⁴. El fuego y el calor están muy unidos. Un texto crucial de toda la pneumatología teresiana lo hallamos en las quintas moradas. Es aquí donde se nos indica cómo el Espíritu Santo posibilita que el gusano llegue a metamorfosearse en mariposa. El texto es de una finura espléndida, como puede verse a continuación:

“Entonces comienza a tener vida este gusano, cuando con el calor del Espíritu Santo se comienza a aprovechar del auxilio general que a todos nos da Dios, y cuando comienza a aprovecharse de los remedios que dejó en su Iglesia, así como de continuar las confesiones, como con buenas lecciones y sermones, que es el remedio que un alma que está muerta en su descuido y pecados y metida en ocasiones puede tener. Entonces comienza a vivir y vase sustentando en esto y en buenas meditaciones, hasta que está crecida, que es lo que a mí me hace al caso, que estotro poco importa” (5M 2,3).

El Espíritu Santo es el que da calor a la simiente, para que comience a tener vida mediante el auxilio general que a todos concede Dios. Lo específico de la tercera persona sería dar el calor necesario para que nazca el hombre a la vida con el “auxilio general” y más tarde con los remedios de la Iglesia. Es el Espíritu Santo el que interviene particularmente para que el alma muerta en su descuido se despierte, mediante el calor pneumático. En cuanto al “auxilio general” indiquemos que significa el constante y permanente ofrecimiento de gracia por parte del Espíritu Santo. La función específica del Espíritu consiste en dar vida (calor que insufla en la simiente aún muerta).

Fragancia. Por lo que respecta a la fragancia, vinculada al don pneumático, constatemos que poseemos un texto crucial en 4M 2,6. Aquí la santa habla de una fragancia, como si en aquel hondón interior estuviese un brasero adonde se echan olorosos perfumes; ni se ve la lumbre, ni tampoco dónde está, más el calor y el humo oloroso penetra toda el alma, llegando incluso a participar el cuerpo. Fragancia y olor nos remiten a la agradable atmósfera creada por el Espíritu. Olor, del que habla Teresa también en CAD 4,2; 7,3; 7,7. El P. Tomás Álvarez indica que, para captar bien el sentido del olor, hay que tener en cuenta dos lugares bíblicos, a saber: el Cantar de los cantares (con la fragancia de su huerto) y la Segunda carta de San Pablo a los Corintios (elogiando a su comuni-

⁵⁴ Sobre estas anotaciones podemos ver más detalles en *ibid.*, pp. 243-244.

dad, que se ha convertido en buen olor de Cristo, como se ve en 2 Cor 2,15). En V 11,6 Teresa se detiene en la imagen del Huerto, del que el Señor espera vengan las flores que “*den de sí gran olor para dar recreación a este Señor nuestro, y así se venga a deleitar muchas veces en esta huerta y a holgarse entre estas virtudes*”. Al mismo tiempo asocia los olores con la inflamación deleitosa del amor, hablando de un olor tan grande que se comunica por todos los sentidos (cf. 6M 2,8) ⁵⁵.

Al lado de estos símbolos pneumatológicos, hemos de apuntar otras cuatro imágenes, típicas de la pneumatología: paloma, nube, aire y lenguas. Recordemos que los apóstoles recibieron el Espíritu Santo el mismo día de la Resurrección en forma de “aire”, y en Pentecostés en forma de “lenguas” y “fuego” ⁵⁶.

Perfeccionador. Teresa sabe que la compañía del Espíritu Santo no es algo sólo puntual; ella misma se reconoce privilegiada cuando cae en la cuenta de que Él “*no dejaba de estar conmigo*” (V 38,9). Es muy probable que detrás de esta convicción teresiana esté latiendo el influjo del Cartujano (IV, fols. 254 y 256), para el que el Espíritu es enviado de común consejo y voluntad de toda la Santísima Trinidad,... visible o invisiblemente ⁵⁷. El Cartujano había clasificado muy bien los efectos pneumáticos en las almas que vivían en distintos estados espirituales (principiantes, aprovechados o perfectos). En el caso de la santa es evidente –aunque ella no lo diga– que se halla en el grupo de los perfectos: tiene revelaciones de divinos secretos y se le comunica en apartado como a familiar amigo (V 37,4; 39,8); sólo teme a Dios (V 6,4; 32,7); y desea salir de esta vida para encontrarse con Jesucristo (V 20,12-13; 29,8). El Espíritu Santo es el perfeccionador de las almas.

En Teresa también influye el Cartujano en cuanto al léxico pneumatológico que ella emplea: espirar, morar, henchir... Como botón de muestra hallamos, por ejemplo, el texto de 7M 1,6.

Auxilio. El Espíritu Santo es capaz de curar el alma de Teresa (V 23,16), y es el que “*menea la pluma*” en algunas ocasiones para que la santa pueda declarar cosas dificultosas (5M 2,3). Es el que da luz para saber qué hacer en algunos momentos de la vida (cf. R 40a,3). Puede ser servido a través del servicio a alguna persona (por ejemplo, a través de

⁵⁵ Citado en *ibid.*, pp. 244-245.

⁵⁶ Cf. MAS ARRONDO, Antonio, *o.c.*, p. 225.

⁵⁷ Cf. *Ibid.*, p. 225.

Gracián [R 40b,3]). Es pagador (Cta 296,2). El propio Señor le dice a la santa que el Espíritu Santo la ama (R 16), siendo el que enamora su voluntad para que ame a Dios uno y trino, encendida en fuego soberano ⁵⁸.

La santa es una gran devota del Espíritu Santo; tal y como narra María de San José, en las fiestas dedicadas al Espíritu Santo “*mostraba bien el encendido amor que a este divino Espíritu tenía*”⁵⁹. No puede olvidar la gran merced que le hizo, y por eso la recordará años después en Écija, ente 1575 y 1579. La santa buscaba hacer servicios al Espíritu, con grandes deseos ⁶⁰. Tanto María de San José como la propia Teresa se refieren a la búsqueda, por parte de la segunda, de hacer un “señalado servicio” al Espíritu Santo. Lo que está detrás de esta motivación es obedecer las palabras de Cristo, cumpliendo así su voluntad ⁶¹. Es cierto que el epicentro motivacional de todas estas ganas de la santa de colaborar con la Tercera persona de la Trinidad es lo narrado por ella misma en el libro de su *Vida*:

“Estaba un día, víspera del Espíritu Santo, después de misa. Fuime a una parte bien apartada, adonde yo rezaba muchas veces, y comencé a leer en un Cartujano esta fiesta. Y leyendo las señales que han de tener los que comienzan y aprovechan y los perfectos, para entender está con ellos el Espíritu Santo, leídos estos tres estados, parecióme, por la bondad de Dios, que no dejaba de estar conmigo, a lo que yo podía entender. Estándole alabando y acordándome de otra vez que lo había leído, que estaba bien falta de todo aquello, que lo veía yo muy bien, así como ahora entendía lo contrario de mí, y así conocí era merced grande la que el Señor me había hecho. Y así comencé a considerar el lugar que tenía en el infierno merecido por mis pecados, y daba muchos loores a Dios, porque no me parecía conocía mi alma según la veía trocada. Estando en esta consideración, diome un ímpetu grande, sin entender yo la ocasión. Parecía que el alma se me quería salir del cuerpo, porque no cabía en ella ni se hallaba capaz de esperar tanto bien. Era ímpetu tan excesivo, que no me podía valer y, a mi parecer, diferente de otras veces, ni entendía qué había el alma, ni qué quería, que tan alterada estaba. Arriméme, que aun sentada no podía estar, porque la fuerza natural me faltaba toda” (V 38,9).

Teresa es una mujer abierta a la actuación del Espíritu de Dios. El mismo Espíritu está presente en algunos momentos decisivos de la vida de la santa, como cuando lo invoca en el Veni Creator, con el deseo de

⁵⁸ Cf. *ibid.*, p. 229.

⁵⁹ Citado en *ibid.*, nota 171, p. 233.

⁶⁰ Hay alusiones a esto, por ejemplo, en R 40,5; R 40,6; R 40,7; R 40,8..., etc.

⁶¹ Cf. MAS ARRONDO, Antonio, *o.c.*, p. 234.

“dejar algunas amistades” (V 24,5). Es el Espíritu el que ofrece la libertad a la santa (V 24,8), si admitimos con San Pablo que donde está el Espíritu del Señor allí está la libertad (cf. 2 Cor 3,17). Teresa veía al Espíritu Santo en forma de paloma, que desciende sobre su cabeza; se trataba de una paloma *“bien diferente a las de acá, porque no tenía estas plumas, sino las alas de unas conchitas que echaban de sí gran resplandor”* (V 38,10). La santa quedó con grandísimo provecho en más subido amor de Dios y con las virtudes muy más fortalecidas (V 38,11). Es también el Espíritu Santo el que inspiró a la santa, de manera que podemos hablar fácilmente de la inspiración carismática de su doctrina y de su obra. Es verdad que ella se encomienda al Espíritu Santo para que guíe su pluma, sobre todo cuando llega el momento de tratar argumentos difíciles (4M 1,1; 5M 4,11). Al mismo tiempo ella es cooperadora con el Espíritu, ya que se siente internamente impelida a colaborar con mayor eficacia en la salvación de las almas (C 32,9-11; F 2,7-9)⁶².

5. CONCLUSIÓN. LAS REPERCUSIONES ANTROPOLÓGICAS

Hemos visto hasta aquí cuál es la idea que Teresa tiene de Dios. Es evidente que el Dios en el que cree Teresa es el Dios único y tripersonal de todos los cristianos, a saber: Dios Padre, Dios Hijo y Dios Espíritu Santo. Esta fe en el Dios trinitario tiene unas repercusiones directas en la manera cómo el hombre se posiciona ante su Dios. ¿Qué significa para el hombre creer que su Dios es Padre? ¿Qué significa para el hombre creer que su Dios es Hijo? ¿Y qué significa para el hombre, finalmente, creer que su Dios es Espíritu Santo? Veamos, siendo guiados de la mano de Teresa, cuáles son las repercusiones antropológicas del Dios en el que ella cree.

La fe en el Padre y sus repercusiones. Teresa parte de la convicción profunda de que Dios es Padre, y esto le recuerda que nosotros somos hijos y que hemos de vivir como tales. Hemos salido de sus manos, de manera que no podemos anular o ignorar nuestra dependencia interna en relación a Él. La santa reconoce que hemos de vivir desde las claves espirituales de la filiación; somos hijos de Dios, de un Padre cercano a nosotros que nos busca a cada momento para salvarnos. Nuestra identidad de criaturas del Padre, así como de hijos adoptivos suyos, nos configura internamente con una dignidad inquebrantable. Somos hermosas criaturas del Padre, de manera que sólo por esto nuestra felicidad interior

⁶² Cf. GARCÍA, Ciro, Voz “Espíritu Santo”, en ÁLVAREZ, Tomás (dir.), *o.c.*, pp. 611-617.

debería mantenerse siempre encendida. Nuestra belleza interior radica en nuestro origen y también en nuestra filiación.

El hombre no debiera alejarse nunca de su Dios; más bien debería esforzarse constantemente por tener una vida agradable al Padre. De todos modos, si el hombre se va por sendas equivocadas, no ha de desesperar ante su error: Dios es el Padre de las misericordias, el que nos invita a superar el miedo tras no haber obrado adecuadamente. Teresa nos exhorta a amar al Padre, a obedecerle, a confiar en Él, a entregarnos a Él... Él no deja de mirar y remirar por dónde atraernos, ya que nos busca y nos quiere llevar al gozo de su presencia. Esto es más que suficiente para que le estemos enormemente agradecidos. Y es que Él ha querido que nuestra vida sea no solo vida, sino también historia de salvación. Su gran bondad repercute directamente en que nosotros también seamos buenos. Por ósmosis debiéramos parecernos a aquel que es la bondad personificada.

Dios Padre nos libera de la rigidez interna, así como de un exceso de responsabilidad autoimpuesta. Hemos de confiar en Él, y no en nosotros. Hemos de admitir una y mil veces que Él nos favorece y nos invita a cosas grandes. No nos quedemos enanos, reduciendo nuestra capacidad de desear y de vivir. Tengamos, con Teresa, altura de miras. Dios Padre nos ayudará a obtener el fruto de los deseos que Él previamente ha sembrado en nosotros. Él es sabio, y hemos de dejarnos guiar por Él. Él es generoso, y hemos de abrir nuestras almas a todo lo que nos otorga gratuitamente.

Hemos de dirigirnos a Él con naturalidad, con sinceridad, sin ningún tipo de máscaras. Y el mejor lugar que Teresa valora para dirigirnos amistosamente a Dios es el lugar de la oración. En la comunicación orante con el Padre vamos aprendiendo a querer pagarle al Padre algo de lo mucho que Él nos ha otorgado a nosotros. Al Padre hay que hablarle como a Padre y pedirle como a Padre. A Él hemos de contarle nuestros trabajos y pedirle el remedio que nos auxilie oportunamente.

Es cierto, por lo demás, que no hemos de asustarnos si nuestras obras no son completamente perfectas y acabadas. La mística abulense nos persuade de que Dios mejora y perfecciona el valor de nuestras obras. Nosotros hemos de hacer lo que está en nuestra mano para agradar al Padre, cumpliendo fielmente su voluntad. Él hará el resto, lo que nos falte. Dicho de otro modo: Él nos auxilia para que vivamos bien. Nos enseña a amar con un amor gratuito, universal, servicial, eterno, paciente y compasivo. Y es que el padre redimensiona nuestra capacidad de amar.

La santa observa que, lamentablemente, los seres humanos no siempre nos portamos bien con el Padre. Advierte que el Padre es muy ofendido por los hombres. Es por esto que estamos llamados a vivir nuestra existencia en clave de conversión honda e incesante.

La fe en el Hijo y sus repercusiones. El desarrollo de la antropología teresiana es cristocéntrico. Teresa crece como mujer y como cristiana poniendo a Cristo en el centro, y esto mismo estamos llamados a vivir nosotros. Cristo ha de ser nuestro centro. Es el centro que nos centra humanamente hablando, y el que además aparece como nuestro único camino seguro para llegar a Dios Padre. De todos los rasgos de la cristología teresiana vamos a subrayar los que consideramos más significativos para el desarrollo integral del hombre y la mujer creyente.

Cristo es el que nos da remedios para el alma y el que quita nuestra sed existencial. La samaritana fue testigo de un agua destinada a erradicar la sed de su interior. Cristo es, además, el que alimenta nuestra vida interior; Teresa es sabedora de esto, y por eso admite sin ambages que en la Eucaristía la comunión nos atrae grandes mercedes. Ésta es la razón por la cual nos exhorta a no apartarnos de Él, aunque esto nos exija cargar con la cruz. No temamos cuando seguimos a Cristo en cruz, y cuando cargamos nosotros mismos con nuestras propias cruces, ya que un día por el Cristo sufriente seremos conducidos al Cristo resucitado. Teresa quiere para sus monjas y para sus lectores una existencia pascual, plétórica de vida nueva y de amor profundamente cristiano. La dinámica de la Pascua queda plasmada nítidamente en la persona de Cristo, que sirve de modelo para cada uno de sus seguidores: en Él encontramos una condensación insuperable de humillación y de majestuosidad, de las cuales nosotros también estamos llamados a participar.

En Cristo el hombre y la mujer encuentran la mejor lección de verdad y amor, porque Él mismo es la verdad y el amor en persona. Cuando nos acercamos a Él mediante la fe, entonces nos encontramos con la hermosura personificada en Él. La estética cristológica de Teresa nos induce a participar, mediante una vida virtuosa, de la misma belleza de Cristo, convencidos de que su hermosura nos trae la victoria y la alegría. La de Teresa (son muchos los teresianistas que así lo defienden) es una mística de la sponsalidad. Promociona la verdadera entrega y la mutua donación entre la esposa y el Esposo. Hay que entregarse del todo a Cristo, sin medias tintas y desde la clave de la totalidad.

En Cristo los hombres hallamos escondida la verdadera honra, que no es precisamente negra u oscura, sino perfectamente salvadora. Él nos ayuda a superar dependencias afectivas malsanas, y nos ayuda a madurar dotándonos de una autoestima a prueba de cualquier acontecimiento beligerante. Estamos ante el Cristo que es hombre como nosotros, que es uno de tantos, y que genera en nosotros procesos inmersos en una espiritualidad encarnada. No es la de Cristo, ni la de Teresa, una espiritualidad de corte neoplatónico, que acaricia lo etéreo pero que nunca aterriza en la realidad. El Hijo de Dios encarnado hace que la santa valore, en el dinamismo de maduración antropológica, todo lo corpóreo, según el modelo de la carne glorificada de Cristo, tal y como sugería el teólogo asiático y padre de la Iglesia prenicena Ireneo de Lyon.

Junto a lo anterior anotemos que la cristología teresiana no cae en el polo de la sola naturaleza humana. Teresa valora, y mucho, también la naturaleza divina del Verbo encarnado. La naturaleza divina es altamentepreciada por parte de la mística doctora, y la vincula a su vez estrechamente a categorías antropológicas decisivas: ahí están el diamante y el espejo para significar la valía y la imagen que ponen en feliz relación lo humano con lo divino. La categoría de lo humano es altísima, precisamente porque no se reduce a lo humano en su comprensión más radical y última.

Cristo es el Maestro dechado del cual todos los hombres hemos de aprender a vivir virtuosamente. Nuestra actitud más oportuna será precisamente esa: querer aprender de Él. No hemos de pensar que ya lo sabemos todo; hemos de acercarnos a Él no sólo para seguirle, sino también para imitarle. Y si hay una lección que Él puede enseñarnos como ningún otro en el mundo es, precisamente, la lección de la oración. Cristo es nuestro maestro de oración, al que además Teresa nos invita a traer siempre junto a nosotros presente. Él es, en efecto, nuestro amigo, el que está a nuestro lado. Es uno como nosotros, un hermano que nos acompaña para que sepamos que nunca estamos solos.

Él nos ayuda a vivir una vida libre y liberada de todas las esclavitudes que nos podamos imaginar. Nos ayuda a vivir el desasimiento, esa virtud tan querida por la santa junto al amor de unos a otros y a la humildad. Al Señor no le da todo lo mismo, y por eso la santa advierte claramente el papel de Juez del mismo Hijo de Dios. El Señor nos juzgará, lo cual nos mueve internamente a vivir una existencia desde la responsabilidad y la obediencia plena a la voluntad de Dios.

El cristocentrismo de la teología y de la espiritualidad teresianas evidencian que el despliegue de todas las virtualidades antropológicas ha de llevarse a cabo teniendo siempre los ojos fijos en Cristo. De esto dependerá la maduración feliz o la triste mediocridad de los que caminan por la senda de la fe cristiana en la Iglesia tan amada por la mística abulense.

La fe en el Espíritu Santo y sus repercusiones. La pneumatología teresiana no es excesivamente explícita (comparada con su teología sobre el Padre y sobre el Hijo). No obstante la mística teresiana evidencia con claridad y firmeza el puesto decisivo del Espíritu Santo en el proceso de maduración espiritual de los creyentes. Teresa admite que es el Espíritu Santo el que nos incorpora a los estados sobrenaturales, de manera que hemos de ser dóciles a Él si no queremos reducir nuestra vida al ámbito puramente imanentista. Él nos moviliza internamente, y nos conduce más allá de los planteamientos puramente naturales; también eleva nuestra mirada a las cosas de arriba. Es más: nos lleva a vivir en los estados más altos a los que una creatura puede acceder en este mundo.

Así como la teología admite que el Espíritu Santo es vínculo unitivo entre el Padre y el Hijo, de la misma manera Teresa reconoce su función cohesiva entre nosotros y Dios; también entre nosotros y los hermanos con los que compartimos la vida. Él es el que nos inflama, el que nos moviliza internamente y el que perfecciona todo lo bueno que hay en nosotros. No estamos en condiciones de exigir la venida del Espíritu Santo a nosotros, aunque si hemos de pedirlo humildemente, sabiendo que podemos recibirlo en nuestro interior. Él caldea las fibras más íntimas de nuestro corazón, porque posibilita –mediante su calor– que el gusano interior se metamorfosee en una mariposa. Es calor y fuego, al mismo tiempo que dilata, purifica y fortalece la vida interior del hombre. Cuando sintamos frío en las entrañas, ya sabemos a quién hemos de acudir para crecer como Dios espera de nosotros.

El Espíritu Santo nos capacita para nacer a la vida verdadera, que es la vida de Dios. Con Él el hombre y la mujer pueden renacer. Esto genera dinamismos antropológicos orientados a promover una relación amorosa con Dios. Y es en el contacto experiencial con la divinidad cuando al hombre le surgen ardientes deseos; estos deseos, inspirados por el Espíritu, hacen que el hombre eleve la mirada y se ponga a soñar en cosas grandes. El Espíritu nos ilumina para que captemos las altas verdades de Dios y su voluntad. Esto no nos aleja de la historia, ya que el mismo Espíritu –generador de dinamismos encarnatorios– nos pide que actuemos aquí y ahora con un amor constante, concreto, dinámico y creciente. El

Espíritu Santo, por todo lo indicado, es el que posibilita al alma el don de sentir la caridad y el don de practicar la caridad.

El Espíritu lleva a Teresa a una misión bien concreta en la Iglesia, y a nosotros nos conduce a lo mismo. En el caso de Teresa fue una reforma carmelitana, a través de la fundación de un buen número de conventos descalzos; en el nuestro la misión adquirirá tintes particulares, dependiendo de los casos. Lo que es evidente es que el Espíritu nos ilumina para realizar proyectos vitales (hacia la santidad) y misioneros (en bien de la Iglesia y para gloria de Dios). Y es aquí, en el contexto propiamente misionero, donde nos impele a comunicar a los demás los dones que hemos recibido de Dios.

Recibir y percibir la presencia del Espíritu es una experiencia muy gozosa para el hombre. Él nos quita la sed y limpia en nosotros lo que no está limpio. Crea una atmósfera muy agradable, lo cual deleita tanto al Señor como a nosotros. Su compañía es constante, si nosotros no nos alejamos de él. Esto nos persuade internamente con la certeza de que jamás estamos solos por mucho que lo parezca. Es sanador e inspirador, y esto queda más que probado en la vida y en la obra de la propia Teresa. Ésta es la razón por la que hemos de acercarnos a Él con humildad para que nos sane y nos ilumine.

Todo lo señalado hasta aquí lleva a Teresa y a nosotros a invocar frecuentemente al Espíritu, en orden a conseguir propósitos saludables. En medio de contextos de adiciones y de dependencias afectivas multiformes, el Espíritu nos capacita para alcanzar la plena libertad de los hijos de Dios, así como fortalece todas nuestras virtudes. Mediante Él se nos acerca el don del auxilio divino para que podamos cumplir en todo la voluntad del que no deja de buscarnos para salvarnos completamente.

La Trinidad experimentada. Teresa ha vivido experiencialmente el contacto con el misterio de la Trinidad. Es sobrecogedor constatar que, según ella misma nos dice, al menos en sus últimos diez años, la vida de la santa se concentra en la experiencia ordinaria y profunda del Dios trino aconteciendo en ella⁶³. Dios es experimentado por la santa, lo cual genera una serie de efectos empíricos, experimentados en carne propia por Teresa. El Dios de Teresa está vivo y es captado vivamente por la santa. Cuando Teresa experimenta a Dios lo que hace es participar en la vida íntima de la Trinidad Santa. Cada una de las personas divinas le

⁶³ Cf. CUARTAS LONDOÑO, Rómulo, *El otro cielo*, pp. 128 y 129.

hace mercedes, alusivas éstas a la caridad, al padecer con contento y al sentir esta caridad con encendimiento del alma (cf. R 16,1).

Teresa goza en sí y tiene las tres personas divinas (cf. R 18). La presencia de la Trinidad en Teresa es una compañía permanente, la cual la dota de un poder que señorea toda la tierra (R 24). El colofón de la experiencia trinitaria teresiana significa la posesión de una paz y una fortaleza que nada puede quitar. Dios le da a sentir esta presencia, portadora de tantos bienes (cf. R 6,9) ⁶⁴. La experiencia teresiana de la Trinidad está caracterizada por ser plena, consciente y permanente. Se trata de una experiencia mística de la Palabra, que es interpretada por la propia santa como un don enteramente gratuito. Un don tan excelso (experimentar nada menos que a la Santísima Trinidad) que es acogido por la santa con humildad, con gratitud y con fidelidad ⁶⁵. Reconocer la presencia inabitante de la Trinidad en el ser humano deriva inexorablemente en la defensa de que el hombre es “el otro cielo” (a ello alude Rómulo Cuartas, inspirándose en CV 28,2, en V 28,2 y –sobre todo– en 7M 1,3-4).

El perfil del hombre nuevo. Es del todo cierto que en Teresa acaba triunfando también su afán comunicativo. La santa posee una desmesurada y constante preocupación por dar a entender al lector vivencias, sentimientos, preocupaciones... A esto lo acompaña con su propósito didáctico y pedagógico. A la hora de comunicar su propia experiencia lo hace con los ingredientes de la llaneza y la claridad. En una preocupación suya que es metalingüística, la santa reflexiona sobre lo que va a decir y sobre lo que ha dicho. A esto la santa une otra cosa; como el místico ha abierto una nueva ventana a un mundo diferente, su anhelo es buscar nuevas palabras para transmitir nuevas experiencias ⁶⁶. El deseo subyacente es, podemos imaginarlo sin muchas dificultades, que sus lectores accedan al mismo Dios al que ella ha accedido. Teresa quiere que sus lectores lo conozcan, lo amen, lo sigan y lo imiten. ¿Y esto para qué? Con el deseo de que todos vivían en carne propia un proceso de honda transformación y de renovación interior. Sí: vivir radicalmente la experiencia trinitaria propuesta por Teresa significa llegar a adquirir personalmente las características de un hombre nuevo, renovado y resucitado con Cristo.

⁶⁴ Cf. *ibíd.*, p. 127.

⁶⁵ Estas consideraciones pueden ampliarse en el capítulo V del estudio que venimos manejando: *ibíd.*, pp. 131-158.

⁶⁶ Cf. MARCOS, Juan Antonio, *Mística y subversiva. Teresa de Jesús*, Editorial de Espiritualidad, Madrid 2001, pp. 195-199.

¿Y cuál es el perfil del hombre nuevo? La santa nos habla de él en las séptimas moradas. Este hombre está olvidado de sí y totalmente dedicado a la honra y gloria de Dios (7M 3,2); es responsable y siempre está dispuesto a servir (7M 3,3); tiene siempre por buena la voluntad de Dios (7M 3,4); es alegre en las tribulaciones y solidario con quienes le hacen mal (7M 3,5); no desea morir, sino salvar almas y alabar a Dios ayudando al Crucificado (7M 3,7); ve al Señor, presente en él, como su tesoro, su gozo y su fortaleza (7M 3,7); está siempre atento para escuchar y responder al Señor (7M 3,8,9 y 12); camina en humildad, confianza y paz, gozando de su Dios (7M 3,11,14 y 15); vive la vida ordinaria desde la plenitud, permaneciendo en Dios (1 Jn 4,16) ⁶⁷. Éste es el hombre que está lleno de Dios y que traspira a Dios por todos los poros de su piel.

MANUEL SÁNCHEZ TAPIA, OSA
Real Monasterio de El Escorial

⁶⁷ Cf. CUARTAS LONDOÑO, Rómulo, *El otro cielo*, pp. 163-177.